

Reflexión y crítica

Construcción y presentación del yo en la vida cotidiana

José-Miguel Marinas

En las sociedades situadas entre la cultura del cosumo y las nuevas formas de exclusión, la construcción y presentación cotidiana del yo experimenta nuevas formas y procesos. Desde su primera paradoja, yo del lenguaje/ yo del cuerpo, a su socialización en las diferentes culturas - linaje, trabajo, consumo - los sujetos sociales se ven confrontados - al parecer de forma más aguda que en otros momentos- con el carácter virtual y abierto de su identidad.

Este texto pretende un recorrido fenomenológico por algunas de las formas principales de construcción del yo en la cultura actual. Sus bases teóricas son, principalmente, de tipo sociológico –el yo se considera no como un *a priori* ontológico sino como un logro del proceso de socialización– aunque, por ello, hay también referencias a las aportaciones psicoanalíticas acerca de la génesis del yo y de la cultura. Los escenarios de la vida cotidiana se entienden como la tensión y la síntesis entre los determinantes del sistema social –que, en una visión ingenua, son lo no yo– y las formas de elaboración que cada yo en situación va internalizando y sacando de sí para situarse y reconocerse entre las pautas y categorías macro y microsociales. Así recorreremos el yo como mediado por el discurso, constituido de forma relacional y no monádica, trabajando en el interior de categorías que lo apresan y reducen (desde el sexo y la edad hasta la clase, la subcultura y el hábitat) y en las que intenta hacer sentido propio y, por último, señalaremos algunas claves de las figuras más recientes de estos procesos.

El yo como síntoma

El yo es un producto y un tema de nuestro tiempo, es el último bastión severamente amenazado por la crisis de la identidad que ocurre en el final del siglo. Cuestionado por el descubrimiento de otras escenas que detrás de él actúan (la red de relaciones sociales, la red de señales de lo inconsciente: lo que no es yo) estas le destituyen, al menos en el discurso sabio, de su arrogancia tradicional. Mezcla de aparato complejo y de Golem poderoso, de estafermo animado por la palabra y el juego social, el yo lleva más de

cien años en declive permanente: cuando se establecen causas todas las teorías lo sitúan en el lugar del epifenómeno, de lo producido y, sin embargo, en la vida de todos los días *yo* sigue siendo un personaje inevitable, máxime en este momento en el que los grandes referentes –los grandes relatos– aparecen como descompuestos y mixturados y el discurso omnímodo del consumo refuerza el *yo* para que sustente el lugar de la demanda incesante. Laboratorio de las crisis y de la elaboración de las identidades, el *yo* adquiere en el presente un nivel problemático del que podemos decir que no estuvo ajeno desde la gran revolución cartesiana. Pero su potencia, la que le hacía ser baluarte y soporte de la identidad moderna, parece atravesada de numerosos avatares que le vuelven frágil y problemático. Der ser garante (de autonomía moral, de certeza epistémica) ha pasado a ser síntoma.

Y aun así no parece haber escenario y sujeto más sometido a experimentación, a análisis, a desmontaje y a reorganización siguiendo programas de cuidado de sí –el hallazgo foucaultiano de la ética de los antiguos– y también directrices más ocultas, más diseminadas en el aparente caos de la sociedad opulenta a costa de la exclusión. Este marbete que corona el que Freud llamó territorio interior, tiene hoy, en medio de una aceptación común –la cultura posindustrial se presenta como una cultura en la que el sujeto individual, el *yo* particular, exige dedicaciones que antes merecían otras causas solidarias– un tratamiento dramático y al mismo tiempo versátil. Momento de máscaras y simulacros domesticados que se hacen pasar en el mercado por elementos originales, no cabe en él ya el grito unamuniano “que me roban mi *yo*”, pero, al tiempo, no cesa la llamada interior por ser *yo* mismo / *yo* misma, aun en medio de todos los rituales de confección y de presentación que cada cual ha de seguir en la vida de todos los días. En una sociedad de consumo que promete colmo. En una parte pequeña del mundo en la que los nombres propios aparentan tener aún sentido. En una fracción privilegiada del mundo frente a aquella en la que el *yo*, el nombre, se ampara si acaso un poco en linaje para no convertirse en cifra, y aun así...

La extrañeza originaria

Cuando hablamos del *yo* con intención analítica, es decir queriendo reconocer los procesos de construcción e intercambio en los que nos vemos inmersos en la vida cotidiana, el primer rasgo que emerge es doble: la banalidad y la extrañeza. *Yo* es un designador de nuestro lenguaje (*shifter*) que recoge, en sus abundantísimas ocurrencias en el habla diaria, dos dimensiones a la vez inseparables y contradictorias: *yo* recoge y expresa lo propio, lo peculiar de cada uno de nosotros, lo inequívocamente irrepetible (“yo soy el único que soy *yo* mismo” rezaba un texto del bachillerato) y al mismo tiempo, en el mismo hecho, indica una disponibilidad común como vocablo: todos y cada uno de nosotros y nosotras podemos decirnos y decir a los demás *yo*.

A medio camino, pues, en la encrucijada de lo común y lo propio, *yo* reúne las dos características –*koinon* e *idion*: la razón común y lo más peculiar mío, que Lévi-Strauss reconocía en los procesos constitutivos de la identidad¹.

Este punto de partida, que no nos permite salir, por la pura meditación, de la paradoja fundante, se despliega en otras dimensiones no menos inquietantes en la fenomenología de la vida cotidiana.

La primera dimensión es precisamente su sumisión al orden del discurso. Entendido este en el sentido radical y fundante. Como apunta Jakobson, *yo* es el último elemento del lenguaje que incorpora el niño y el primero que pierde el afásico. Esta vertiginosa cualidad, esta fragilidad constitutiva, nos introduce con vigor en su campo específico: *yo* es un constructo, una dimensión en la que vamos introduciéndonos progresivamente, a través de numerosas situaciones o, por utilizar otra metáfora-concepto común, vamos internalizando, introyectando en medio de redes de contactos, afectos, operaciones, conflictos. Tardamos en llegar a ser yo, al menos un par de años –cuando culmina la fase llamada socialización primaria– y ese período, el tiempo progresivo del aprendizaje, completo, básico de la lengua, nos pone bien claro el punto de llegada que es el yo. La sonrisa que suscita el casi infante cuando habla de sí en tercera persona (dice la madre: - “Dí gracias”; repite la criatura: - “dígracias”; dice la madre: “la nena va a ir a la cama”; repite la niña: - “Nena va a ir a la cama”) es señal de que estos juegos, esta vacación del yo, nos sitúa a la vez ante un vértigo y ante el levantamiento provisional de una norma. Al menos, si creemos al Freud de *El chiste y su relación con lo inconsciente*, este es el efecto de la experiencia inmediata de la fragilidad del yo.

Ernst Bloch decía que el hombre no es macizo. Esta metáfora nos introduce en la relación constitutiva que hace al yo. En lo que tiene de norma y de repertorio versátil vemos que el yo es relacional, fundacionalmente relacional. El yo se impone, uno responde *yo* –es la fuente de la responsabilidad– no escapa uno del yo y de las exigencias de su atribución, pero este darse desde el inicio *en relación* es también la vía para entrar en otras dimensiones menos enterizas y abroqueladas de nuestro yo. En este mismo orden la experiencia discursiva del yo –que pudiera parecer una redundancia salvo que, como mostraremos, es concebible alguna distancia entre el yo y el discurso que lo funda– se me sometida a reglas o regularidades también sorprendentes y paradójicas. El yo en el lenguaje de la vida cotidiana muestra su sumisión al discurso y a la dimensión relacional que este dispone. Nombro su relación con tres dimensiones de nuestra identidad: la pertenencia étnica o nacional, el género, la clase.

La regularidad del yo se impone desde la propia presencia del *shifter* sintáctico². En las lenguas nacionales –como una invariante, casi con el fus-

¹ C.Lévi-Strauss, *L'identité*, París, PUF, 1970.

² Hago notar que *shifter* indica un elemento que cambia, que da paso a otro turno. En la conversación *yo* es relacional, marca un cambio en el turno de palabra.

te de los universales lingüísticos que Chomsky perseguía— aparece el yo como el singularizador principal. Como el que unifica y disciplina las vivencias y las presencias, las apercpciones de uno mismo. Como Barthes sugería en su última *Leçon*³, no es que el lenguaje nos prohíba es que *nos obliga a decir* de un modo determinado: nos marca los límites de número (singular/plural) o de género (masculino/femenino) —por eso, dice provocador, el lenguaje es “fascista”—. Esta es la potencia normalizadora y normativa de la incorporación del pronombre personal. Es, como vemos, el último punto de aprendizaje, de incorporación de la gramática entera. Y con ella —ya lo sabemos por Nietzsche— incorporamos un orden ideológico y moral. La presencia obligada del sujeto explícito: el yo como sujeto explícito de la oración, y, desde esta regla común, el velado de la misma en el español coloquial resultan significativos⁴, al menos en este primer reconocimiento de la implicación discursiva del yo. Incluso, sin apurar ninguna consecuencia, decimos “el yo” —dándole género— frente a otras posibles designaciones (*das Ich und das Es*⁵, del psicoanálisis).

Yo está presente en la retórica conversacional con el valor de un elemento que enfatiza. Y aquí parece radicar otra de sus regularidades ocultas o perplejantes. *Yo* abunda en el discurso biográfico de los varones —así parecen registrarlos los trabajos de Isabelle Wiame⁶ y, en otro registro, los de Labov y Gumperz— cuando narran sus episodios e itinerarios vitales, concretamente los procesos migratorios. Ellos se nombran como un yo que hace cosas, logra o fracasa en sus metas y define su personaje como *yo*⁷ Ellas, en cambio, se narran como sujetos en vinculación, como una red en la que el papel de la familia de origen, o de elección, vincula a la propia narradora en un *nosotros* de orden diverso a la épica del yo de los varones.

En el orden de la relación de clase, en el plural de pertenencia, *yo* adquiere ahora un relieve especial, precisamente por la quiebra de vinculaciones, de articulaciones de clase —como veremos que ocurre en el contexto del trabajo— y se sobredimensiona retóricamente en la construcción de un individuo que es destinatario de la cultura del consumo. *Yo* como individuo que convive con el *yo* como masa en una realidad desarticulada. *Yo* como individuo-masa, en la medida en que las formas de pertenencia o de integración parecen perder color y vigencia (el linaje, la clase) frente a los es-

³ R. Barthes, *Leçon*, París, Seuil, 1978.

⁴ “Yo” en las series va el último: “Pedro, Pablo y yo”. En el uso coloquial “voy a subir al pueblo” y no “yo voy a subir al pueblo”.

⁵ S. Freud, *Das Ich und das Es*, Internationaler Psychoanalytischen Verlag, 1923.

⁶ I. Bertaux-Wiame, “La perspectiva de la historia de vida en las migraciones interiores”, en J.M. Marinas y C. Santamarina (eds.) *La historia oral: métodos y experiencias*, Madrid, Debate, 1993.

⁷ Buena parte del presente artículo brota de la sorpresa, de la sensación de extrañeza, en conversaciones —por lo demás reiterativas y banales— en las que los varones narran su servicio militar. El “pues yo...” con el se iban alternando (*shifter*) las intervenciones convertían a *Yo* en un personaje masculino, tal como Wiame mostró.

pejos fugaces y masivos para el yo, también fugaz y masificado, del sujeto de la sociedad de consumo.

El marco de la vida cotidiana en la sociedad de consumo

Los procesos en los que identificamos estas dimensiones apuntadas y otras, tanto o más extrañas y cercanas a la vez, tienen un anclaje decisivo en el espacio y en el tiempo que designamos como la vida cotidiana. Lo vital, los mundos de la vida cotidiana (con que traducimos el añejo *Lebenswelt*) funciona en nuestra reflexión sobre los procesos del yo como un sistema de modos de percibir, actuar, de discurso y acción. Respecto a las determinaciones que podemos llamar sistémicas –los grandes lineamientos del sistema social que establecen lo permitido y lo prohibido, los recursos y las carencias– los *ambientes*⁸ de la vida cotidiana son el contexto del habla del yo. Sus condiciones de posibilidad vienen dadas por la pertenencia o la adscripción de linaje, de clase, de género, edad, hábitat, etnia e incluso por sus modulaciones en la dinámica del logro –la carrera vital que cada uno va eligiendo entre lo posible y lo fantaseado–

Estas dimensiones que se actúan en la vida de todos los días son su gramática, su código profundo. Dichas determinaciones de orden económico y político –las dos esferas sistémicas por excelencia– y también de orden ideológico, filosófico (las grandes doctrinas del yo) operan como dinamizadoras y límites de las hablas en las que los intercambios, reconocimientos, espejos e incluso negaciones del yo de cada cual hacen literalmente de las suyas. Estos procesos concretos con sujetos concretos y nominados disponen las escenas, los momentos, las vigencias y reparten los papeles en los que cada cual vamos interviniendo en el intercambio.

Por eso, cuando tratamos de establecer el modo de construirse, desarticularse y rehacerse el yo de los sujetos de hoy, los disponemos en el bastidor del repertorio de tiempos y espacios que son la vida cotidiana. Estos se reparten en grandes marcas que separan lo profano (de acceso común, normado) de lo sagrado (las posibilidades no actualizadas, lo vedado), que separan la vigilia del sueño, y el tiempo y espacio de la producción del conjunto de ambientes que presentan la dimensión creciente del ocio. Estas marcas, lo sabemos bien en la propia fenomenología del yo actual, son movedizas, quizá más intensamente que en otros momentos del proceso de industrialización.

Además de las dimensiones en las que la vida cotidiana aparece como el habla, respecto de los elementos sistémicos e ideológicos, se trata de carac-

⁸ El término *ambientes* apareció en uno de nuestros trabajos –*Mores y moralidad de la juventud metropolitana madrileña*, dirigido por Andrés Tornos, en 1982-83– para designar, según el discurso de los jóvenes, unidades de interacción codificadas de otro modo que los espacios adultos y/o productivos.

terizar cuáles son los determinantes concretos de la vida cotidiana en este momento. Y así podemos decir que la génesis y el desarrollo del yo en los sujetos sociales se establece a través de un conjunto de escenarios que están marcados por una especial relación con los bienes y los objetos del consumo. La vida cotidiana en la sociedad del consumismo –como luego veremos : en forma de identidad ofrecida que entra en conflicto o que es difícil armonizar respecto de otras, como la identidad del linaje o la identidad del trabajo– tiene una dimensión básica. Convierte los espacios y los tiempos en elementos mediados por la lógica del mercado. Es decir que espacios y tiempos se ofrecen no sólo a la interacción improvisada o espontánea de los sujetos, sino que los distintos yoes encuentran su campo propio en este territorio que convierte en mercancía cada uno de sus elementos.

Desde este punto de vista, podemos suponer que la construcción del yo en la vida cotidiana tiene una dimensión indudablemente marcada por tres factores que los espacios y tiempos de consumo resaltan principalmente.

El primero de ellos es la *visibilidad o espectacularidad*: las formas de manifestación de la identidad, han de ser visibles, reconocidas, acotables, como lo es todo elemento que interviene en los procesos de intercambio marcados por la lógica del consumo, que está configurado por lo que llamamos la marca. No se trata de plantear formas del yo que sean suficientemente coherentes, honestas, responsables, sino que han de ser fácilmente identificables. En cierta forma han de estar marcadas, diferenciadas.

En segundo lugar, el yo tiene también la característica de ser *cambiable, reponible*. En la medida en que la extensión de la técnica a toda forma de producción y de consumo hace que la propia estructura del sujeto se entienda como algo no inmutable, inamovible, eterno o duradero. Sino como un conjunto de rasgos personales que uno puede y debe cambiar.

En tercer lugar, la manifestación del yo en la cultura del consumo tiene que ver con la posibilidad de *sus límites* o con la negación de estos. El consumo se presenta en la vida cotidiana como un conjunto de espacios y tiempos que confieren a la mentalidad actual la idea básica de una reserva ilimitada. Es decir los bienes de consumo no se acaban nunca, nunca se acabarán. Prometen que el yo –entendido como los recursos y posibilidades del sujeto– nunca tendrá límites. Este es un fenómeno muy importante para entender un proceso cuya detección se inició en los comienzos del proceso de industrialización y que tiene que ver con el paso de las formas altruistas –en la terminología de Durkheim– a las formas egoístas de la inserción en la cultura.

La vida cotidiana como laboratorio del yo

Efectivamente, el sujeto contemporáneo en su vida cotidiana, se encuentra expuesto, en el sentido de obligado a una afirmación diferenciada de su propia identidad, desde el punto de vista de las exigencias de uno de sus

roles principales –junto al de ciudadano– que es el de consumidor. Desde este punto de vista, al sujeto se le exige que mantenga esta posición de ser identificable, de construir su propia imagen como una imagen de marca. Segundo, ser mudable, en la medida en que nada se opone a las posibilidades de transformación (los ejemplos extremos del automodelado, tipo Jackson o Madonna, resultan ya clásicos). Y, en tercer lugar, la idea de que los ámbitos de alcance del yo se ven potenciados, por lo menos desde un punto de vista imaginario, en la sociedad de consumo avanzada.

Esta potenciación del yo, supone que la vida cotidiana presenta elementos del tipo bien de consumo, o del tipo espacios y tiempos que el sujeto puede modificar o al menos puede imaginar su disponibilidad en servicio de su yo de forma ilimitada. Esto supone que la dimensión propia del sujeto entendida a la manera clásica como la de quien está marcado –como se decía del eros platónico: hijo de *penía* (la pobreza) y de *poros* (el recurso)– se encuentra ahora llamado a una especie de omnipotencia, es decir a la propia denegación de sus límites.

La vida cotidiana en este contexto ha recibido también otras modificaciones importantes en las que el yo se encuentra con referentes muchas veces contradictorios. Si las marcas sociales de identificación del yo tenían –desde la perspectiva de la industrialización recogida fundamentalmente en la teoría de la estratificación funcionalista– las marcas determinantes del status o, en primer lugar, la edad, el sexo, el hábitat y la etnia, el yo en la vida cotidiana se encuentra con elementos muy mixturados de cada una de las categorías. Posiblemente esta es la intuición que nos lleva un tiempo indicando que las grandes categorías de la estructuración social no permiten recoger las variaciones situacionales del desarrollo del yo. Esta intuición está en la línea de la concepción que desarrolló Georges Herbert Mead, cuando planteaba que el proceso de construcción de los sujetos, que es al mismo tiempo el proceso de construcción de la sociedad, no se sitúa ni del lado de las cualidades o dimensiones macrosociales que acabo de enunciar ni tampoco viene dado por determinantes endógenos (es decir la suposición de que el yo se construye partiendo de elementos como el temperamento o el carácter, por decirlo de una manera clásica también). La intuición de fondo radicaba en suponer que esas categorías eran entendidas y reelaboradas por cada uno de los sujetos, no de manera asilada sino en sus situaciones y contextos de interacción.

De este modo podemos desarrollar un poco más la idea según la cual, en la sociedad de consumo los procesos de construcción de la identidad⁹, sitúan a los sujetos en contextos mucho más flexibles y variados y por ello mucho más contradictorios de lo que la categorización de corte funcionalista pudiera hacernos creer. Frente a la taxonomía de sexo masculino o feme-

⁹ Puede verse J.M. Marinas “Estrategias narrativas en la construcción de la identidad”, *Isegoría*, Madrid, nº 11. 1996.

nino, el yo en la vida cotidiana se encuentra participando de marcos culturales y de formas de interacción que responden a distintos modelos de cada uno de los dos géneros. Así diríamos que el yo sexuado no responde simplemente a modelos dicotómicos sino que elabora y elige su propia identidad dentro de modelos de masculinidad y feminidad más ricos y variados que los anteriormente supuestos. Concretamente de aquellos que se limitaban a los rasgos llamados biológicos (en realidad jurídicos) para escandir entre dos sexos, pasando por alto las concreciones y variaciones concretas que la cultura ha venido desarrollando.

Lo mismo ocurre con el plano de las edades en el sentido en que, desde el punto de vista del yo consciente, nos encontramos con una característica que pareciera –a diferencia de las ya señaladas anteriormente– que es la prueba de una cierta invariancia de la propia identidad del sujeto. A saber que *yo* es el elemento que identifica y que reúne no sólo las diferencias percibidas en el terreno de los espacios, ambientes y ocupaciones, sino también y fundamentalmente el elemento identificatorio que recorre los distintos tiempos, es decir las distintas edades del sujeto. Desde ese punto de vista podemos decir que la cultura cotidiana –que esta hecha como los etnometodólogos saben muy bien, de un conjunto sutilísimo y muy trabado de reglas implícitas– disponía de una serie de categorías de identificación según la edad en las que el sujeto se veía ahormado aun sin pretenderlo. Me refiero a las célebres “edades del hombre y de la mujer”, en las que no solamente existían tareas propias de cada una de las edades sino que el reconocimiento desde el punto de vista del grupo social, indispensable para la construcción de la identidad del sujeto, se pliegan precisamente a lo propio de cada una de esas edades. Así la infancia tenía un estatuto apenas existente en el que, como muchos elementos de la cultura popular prueban, el sujeto no llega a ser yo, no llega a ser persona hasta que pasa un determinado umbral. Antaño se hablaba del “uso de razón”, hoy se puede hablar del desarrollo de una serie de habilidades que superan con mucho la propia autonomía sensorio-motriz e intelectual (en términos piagetianos). Me refiero con esto al reconocimiento de una cierta autonomía que se da a los pequeños cuando son capaces de interpretar señales o manejar artefactos en el contexto complejo de la sociedad de consumo. Pues bien, lo propio de la infancia o lo propio de la adolescencia como situaciones previas en las que el yo no se identifica plenamente puesto que no es reconocido con la cualidad de sujeto social pleno, se veía superado con la entrada en el campo de la juventud o en el campo de la adultez, en la que ellos y ellas tenían ya el reconocimiento pleno de tal identidad.

Desde ese punto de vista, la edad adulta y la vejez que tenían características muy bien definidas en el orden de la vivencia del yo (el sujeto activo y productivo de la madurez y el sujeto transmisor de experiencia y consejo en la vejez), comienzan, como las demás edades, a verse complicadas por el hecho de que tanto en las representaciones como en la acción lo que se espera de las edades es en muchas ocasiones complejo cuando no contradic-

torio. Los cambios en la estructura productiva que implica hoy una radical mutación en la conciencia del yo que produce y trabaja, el adelanto de la desvinculación del mundo activo, la prolongación de la vida, dibujan una identidad del yo sometida a mayores conflictos y, sobre todo a un proceso de elaboración muy intenso por parte de las y los mayores de la sociedad. Dicho en breve, no tienen modelos del yo previos para las situaciones que están viviendo y proyectan¹⁰.

Pensando en lo específico de las primeras edades en este contexto de la sociedad postindustrial o del consumo, en numerosas ocasiones hemos detectado problemas semejantes en la construcción y presentación de la identidad de las niñas y los niños. Decirse yo desde el punto de vista de niño o niña, supone adoptar una serie de pautas notablemente contradictorias¹¹. Por mostrar los dos polos de la tensión se puede decir que los menores se ven en una situación de dependencia, de relación de tipo nutricio –relación con el adulto que se presenta a sí mismo, y se identifica con el rol de quien suministra todo tipo de cosas aun antes de que el niño o la niña se los pidan– y, por otro lado, de forma contradictoria, el yo infantil se ve invadido por una serie de solicitudes y de exigencias que hemos denominado también las del adultismo.

Ser niño, pues, supone hacer compatible mandatos generalmente consumistas de infantilización y dependencia (convertirse en una boca que pide ser colmada, y esto de manera insaciable) y al mismo tiempo la adopción de posiciones adultistas, puesto que bien parte de la cultura dominante descansa sobre el hecho de que los niños y las niñas sean identificables desde las competencias adultas. Es decir que sean capaces de realizar en el espacio de la publicidad y de los medios actividades en las que los adultos saben muy bien que tardarán muchos años en entrar realmente, pero que está bien visto que realicen ahora desde el plano puramente simbólico.

El yo infantil y adolescente se ve volcado en la actuación modélica de pautas y roles que configuran una identidad e identificación para la esfera del consumo (son “adultos”, seductores, competentes técnicamente, saben “elegir” mejor que los mayores), en cambio su inserción autónoma y peculiar en los contextos sociales adultos parece retrasarse sin más argumento que una razón económica que no da razones. Esto nos muestra el proceso tensional que ocurre en las formas de edad de la juventud y la madurez. El propio yo joven circula entre los mandatos sociales de la dependencia propia del tiempo de formación y, al tiempo, la exigencia adultista de la emancipación. Respecto de la edad adulta, el yo se enfrenta a una situa-

¹⁰ Puede verse Fernando Conde y J.M. Marinas, *Las Representaciones Sociales sobre la Salud de los Mayores Madrileños*, Edit. Consejería de Sanidad y Servicios Sociales de la Comunidad de Madrid., 1997.

¹¹ Puede verse Fernando Conde y J.M. Marinas, *Las Representaciones Sociales sobre la Salud de los Mayores Madrileños*, Edit. Consejería de Sanidad y Servicios Sociales de la Comunidad de Madrid., 1997.

ción muy peculiar puesto que buena parte de sus marcas como son la productividad, o las antes señaladas de ser visible, modelable, mudable, entran en una disminución progresiva. En ese sentido se puede decir que la invención de la tercera edad acorta el período de la madurez, da a la identidad de los sujetos adultos un menor tiempo y recorrido. La tercera edad o la vejez que incluye ya la cuarta y aun la quinta de las edades –como dicen irónicamente las personas mayores longevas– se encuentran ensayando una nueva forma de identidad. Las y los mayores se ven ahora abocados a cumplir nuevas formas de identificación, nuevas posiciones del yo que no estaban previstas en muchos casos en sus repertorios iniciales. Me refiero –y lo veremos ahora con más detalle– a las formas sociales de identidad en las que la cultura del trabajo proporcionaba formas de identificación que tenían sus propios límites. En la cultura protoindustrial, la ancianidad se veía como el tiempo de la exclusión respecto del proceso productivo, pero al mismo tiempo como el reconocimiento de un yo capaz de interactuar desde posiciones de madurez, de consejo o de experiencia. Lo que ahora ocurre es que los sujetos de estas edades disponen de espacios y tiempos y recursos en los que el propio despliegue de la identidad les convierte no ya en unos nuevos *teenagers* (como alguna publicidad turística quisiera hacer creer), pero sí en sujetos que pueden desplegar otras dimensiones de reconocimiento y consiguientemente autorreconocimiento: me refiero a la interacción, el campo de la afectividad, las nuevas formas del autocuidado.

Formas de acción y formas de pertenencia

Esto que ocurre con las dimensiones del sexo y la edad se da también en las demás dimensiones que han sido hasta ahora ingredientes fundamentales en la construcción de la identidad del yo. Me refiero a la que antaño se podía llamar conciencia de clase, elemento identificador básico en la cultura del industrialismo, también a la pertenencia un hábitat determinado y a la participación de las marcas de una etnia o de una subcultura. Clase, hábitat y etnia se ven sometidas, como el sexo y la edad, a fuertes transformaciones de vivencia y representación cuyas consecuencias el yo moderno aún no es capaz de discernir, en el sentido de establecer una apropiación equilibrada.

Si detallamos siquiera brevemente algunas de estas consecuencias nos encontramos, en el caso de las clases sociales, con una difícil identidad de pertenencia en la medida en el que el sujeto en la vida moderna se ve abocado a una búsqueda de identificación desde el punto de vista del trabajo que no tiene que ver con las pautas de las condiciones objetivas y subjetivas de la clase social no hace demasiadas décadas. La provisionalidad en el trabajo, la mutabilidad en las expectativas de la carrera profesional, la variabilidad en las propias formas del desempeño, hacen que las formas de res-

puesta a la identidad de un yo trabajador o profesional encuentren una maleabilidad enorme que hasta ahora tiene efectos de tipo desestabilizador desde el punto de vista de los sujetos de tales procesos. No parece aún haber estudios completos sobre cómo van asimilando las nuevas generaciones esta situación que era central en la identidad del yo de la cultura industrial¹², pero en todo caso tocamos aquí fondo en la medida en que el yo de la vida cotidiana se vive de manera diferente en las diversas generaciones que conviven en el ámbito local o familiar. El productivismo o la conciencia del trabajo bien hecho propia de las generaciones adultas no es un valor adquirido, al menos representable de igual modo, en los y las jóvenes que se viven más provisionales y en cuyas vidas en trabajo parece adquirir un peso específico diferente al de décadas anteriores.

Esto ocurre también con la dimensión del hábitat, en sentido en que la categoría de adscripción nacional, pese a todos los rebrotes nacionalistas, está haciendo una forma de apertura en la conciencia del yo que conviene caracterizar. Por un lado, es indudable que nos encontramos con elementos tradicionales o “neotradicionales”, junto a posiciones nacionalistas, que tratan de eliminar lo complejo de las formas de relación espacial y temporal de los grupos humanos en la actualidad: suprimiendo o negando la realidad de la presencia de la propia condición migrante en la construcción de las propias estructuras nacionales. Por otro, se da un reconocimiento cada vez mayor de las formas de mestizaje que desde el punto de vista de las estructuras de conciencia nos presenta una identificación del yo difícilmente comparable a las idealizadas situaciones anteriores supuestamente marcadas por la claridad y la estabilidad en la conciencia del hábitat. Me refiero al reconocimiento, a partir de las migraciones masivas actuales, de la versatilidad de la conciencia de pertenencia a un entorno nacional como forma de identificación del yo. Uno puede sentirse de su lugar y puede tener la añoranza que en las historias de vida de migrantes aparece de múltiples formas¹³, respecto de los orígenes espaciales y temporales, pero en los contextos de la vida cotidiana cada vez hay más elementos con los que el sujeto moderno se confronta que no responden a lo limitado y “tranquilizador” de la anterior referencia a los orígenes.

Desde el punto de vista de las subculturas o de los grupos étnicos, este mismo proceso de mestizaje lleva también incorporado la posibilidad de actuar un notorio *bricolage* (en clasicísima expresión de Lévi-Strauss). De él se

¹² En nuestro contexto inmediato, animamos algunos trabajos de doctorado en curso que pretenden hacer un estudio cualitativo de las formas de cambio en la conciencia del yo productivo en varias generaciones. En el contexto español, Victoriano Camas sobre los cambios en la identidad de los jornaleros del campo andaluz. En el ámbito mexicano, Gabriel Pérez, analiza los cambios generacionales en la identidad provocada por los efectos tangibles de la globalización.

¹³ Puede verse Agnes Hankiss, “Ontologías del yo: la recomposición mitológica de la propia historia de vida”, en J.M. Marinas y C. Santamarina, *La historia oral: métodos y experiencias*, Madrid, Debate, 1993.

aprovechan los nuevos grupos sociales, los nuevos movimientos sociales, para no ser limitados en sus propios repertorios de construcción de identidad. Al mismo tiempo las agencias de la industria de la cultura tratan incessantemente apropiarse de ellos y ponerlos en circulación en la forma de mercancías que renueven un mercado que fagocita todo lo nuevo a gran velocidad.

El yo que se mueve en estos escenarios más versátiles se encuentra con un repertorio de posibilidades cuya bondad va ensayando, no sin darse cuenta de los espacios de conflicto en lo que cada repertorio le sitúa. Esto nos lleva a otra consideración, implícita en lo anterior, y es que, como ya apuntaban en los años setenta Peter Berger y sus colaboradores del célebre *A Homeless Mind*, la construcción del yo en el contexto de nuestra vida cotidiana resulta enormemente más laboriosa y abierta y centrada en el propio esfuerzo peculiar que uno desarrolla, frente a las formas de cultura ofrecida o adscrita. Berger decía que en los procesos de crisis de la modernización, las estructuras de la conciencia requieren en el sujeto contemporáneo una mayor tarea, y esta tarea es individual. En este sentido, entre los repertorios complejos –que Habermas también señala al hablar de la crisis de motivación en el tardocapitalismo– está la dimensión individual, no tanto como una opción de cada cual, sino como un imperativo sistémico. Parece que han ido cayendo las formas de vinculación que daban sentido y fundamento al yo, aquellas formas producto del capitalismo industrial en su momento de plenitud, y ahora el sistema que se basa en el consumo exige una mayor fragmentación e individualización como formas de integración de los sujetos.

En nuestro contexto inmediato pasa por escenarios más variados y más en tensión que los señalados en los diagnósticos de finales de los setenta. Me refiero a la contraposición continua, para cada categoría de las que hemos detallado como condición del yo actual, no sólo de escenarios posibles sino también de un esfuerzo de apropiación de las instancias colectivas para monopolizar esa forma de construcción de la identidad del yo y ofrecerla a cambio de un control. No sólo hay más escenarios sino que hay un mayor esfuerzo por parte de las instancias colectivas por manejar lo que se presenta de forma imaginaria como las opciones de la libertad del yo actual.

La multiplicación de ofertas del mercado que se dirigen en la línea del yo o del tú¹⁴, como representaciones imaginarias del sujeto supuestamente no determinado, resulta hoy abrumadora y sintomática. Pero también, en el orden de las instituciones sociales y políticas, las formas de integración comunitarista que han ido surgiendo en las últimas décadas –y que resulta cla-

¹⁴ En mi trabajo "Objeto, signo sujeto: transformaciones en la cultura del consumo", en J. Benavides (ed.) *Crisis de la publicidad*, Madrid, Edipo, 1993, señalo esta tendencia en los anuncios del "tú" despojado de otros connotadores de género, clase o subcultura.

ro ahora no estaban sino esbozadas en la crisis del yo posmoderno de hace veinte años– resultan indispensables como objeto de análisis del yo de hoy.

Yo societario, yo comunitario, yo virtual

Esta lectura de las dimensiones activas de la construcción del yo nos plantea dos problemas importantes en la vivencia de la vida cotidiana: la relación de afirmación ante el contexto social que la enunciación del yo lleva consigo y, ligado a este, el problema de la unificación de las dimensiones del yo.

La cultura de la vida cotidiana aparece, según vemos, como límite y recurso. Como señaló Wright Mills¹⁵, entre sujeto y sociedad no hay fusión sino que hay tensión, pero esta distancia necesaria entre un yo plural, recorrido por repertorios de signos y de valores heteróclitos, y los marcos sociales de reconocimiento que necesita para afirmarse, se conjuga de maneras diversas cuando no contradictorias. En otros trabajos he desarrollado el proceso de sustitución de las formas de identidad del linaje –en las que el yo ha de discurrir por pautas fijas y previstas, so pena de exclusión mayor– por las formas de identidad del trabajo –en las que el yo activo, tal como hemos caracterizado anteriormente, se ve a sí mismo y se reconoce a partir de su quehacer y no de su origen–. El contexto de la vida cotidiana en la que nuestro yo se mueve ha incorporado ya un tercer repertorio de formas, el de la identidad del consumo. En este conviven formas de alta innovación, en las que el yo aparece más capaz y llamado a un autotroquelado y despliegue que supera el linaje y la ocupación, con formas en las que vuelve lo comunitario reprimido y apunta lo virtual imaginado.

Ante un yo que se siente por una parte enfrentado a un repertorio complejo de elementos par incorporar y frente a un yo que se siente gratificado genéricamente, imaginariamente, con la promesa de una sociedad de consumo que es como un gran bazar en el que nunca le faltará de nada, en objetos y posibilidad, el yo emprende otros derroteros. El yo se inicia en este proceso pagando unos costes muy altos de complejidad, de contradicción e incluso de malestar físico y psicológico. En este sentido, en el mercado de ideologías y de los modelos del yo existen continuas ofertas que prometen más que un buen diseño o una buena síntesis en la articulación de los ingredientes: prometen soluciones sencillas y fácil asimilación, de rápido consumo. En ese sentido la vida cotidiana está hecha de múltiples recetas de fácil integración, a sabiendas de cada una de ellas no es la definitiva, esto se sabe, pero tienen el efecto inmediato de proporcionar la imagen de un yo identificable, vigente y capaz de satisfacerse. Las suturas de la quiebra de nuestros roles, de nuestros *yoes* societarios se ofrecen no ya como la simple

¹⁵ C. W. Mills, *La imaginación sociológica*, Madrid, F.C.E., 1961, p.78.

vuelta a repertorios antiguos –al pie de la letra no se puede volver a lo ya desaparecido– sino a la reelaboración de formas comunitarias que tienen dos rasgos básicos que afectan a nuestra presentación del yo en la vida cotidiana: estos repertorios comunitarios están mediados por el mercado y, segundo, estos repertorios son virtuales, son simulacros. Rasgos ambos que no se nos escapan en el consumo *yoico* diario, pero que es importante destacar para notar cómo el espacio cultural del consumo se nutre de lo aparentemente más cercano (la *peña*, el barrio, el club, la secta, el *chat*) que cobra valor como significativo del mercado.

De aquí brota la presentación de un yo virtual. Generado por la representación mediática. En él el proceso de captura imaginaria¹⁶ –en el sentido que le da Jacques Lacan a la relación cara a cara– se realiza en un soporte externo y cambiante. Estas mediaciones se convierten vía los programas interactivos, en la saga de representaciones y relatos biográficos: desde las tempranas radio-, foto-, tele- novelas, al docudrama y a los *reality-shows*, así como a los programas televisivos de exhibicionismo biográfico más recientes– en un aumento de repertorios de presentación del yo y, consiguientemente, de identificación y construcción de yoes potenciales.

Las formas del llamado ciberespacio, en su encuentro con las fantasías de mixtura de la ciencia ficción y las posibilidades de la ingeniería genética marcan un territorio en el que las representaciones del yo son de una potencia y mutabilidad espectaculares¹⁷. Cómo será mi yo y cómo se presentará de aquí a poco parece un interrogante que lejos que introducidos en pesadillas de mutantes y de híbridos maquínicos comienza a inquietar nuestras más básicas formas de autoidentificación¹⁸.

Por eso, además de las categorías y modos de análisis de origen culturalista o sociológico, y para tratar de seguir más de cerca los problemas señalados de unidad del yo contemporáneo, nos puede resultar útil recurrir a las dimensiones que la práctica y la teorización psicoanalítica llevan a cabo. En estas, además de una experiencia inmediata con los relatos del yo –que como dijo Freud en el año 1926, también es inconsciente– existe una reflexión cuidadosa, al menos en algunos, sobre los avatares de la cultura en relación con el sujeto.

¹⁶ I.Gárate y J.M. Marinas, *Lacan en castellano: tránsito razonado por algunas voces*, Madrid, Quipú, 1966.

¹⁷ Shirley Turkle, *La vida en la pantalla*, Gedisa, 1999; A. Gordo-López y I. Parker, *Cyberpsychology*, McMillan, Londres, 1999. Ambos desarrollan sugerentes recorridos por el yo virtual.

¹⁸ C. Santamarina en su investigación, *La opinión pública ante las transformaciones de la biotecnología*, Madrid, Cimop, 1990 destaca la preocupación en el discurso de los varones en cuanto a su identidad sexual, amenazada por la clonación, la fecundación in vitro, etc.

En el principio era el espejo

En los procesos de explicación de la formación de la subjetividad, nos encontramos con modelos de corte psicológico o psicoanalítico que insisten en una dimensión muy importante para la comprensión cabal de la formación del yo. Desde los primeros trabajos freudianos en torno a la tópica o a la estructura del sujeto a los trabajos en la órbita de Jacques Lacan en los que se ha insistido más en la construcción del yo como un proceso de captura imaginaria en la interacción de los sujetos concretos, la génesis del yo se entiende como un proceso complejo en el que los elementos externos y anteriores al sujeto que se desarrolla adquieren un papel fundamental. Me refiero con ello a la realidad que hace, en términos que Lacan emplea y Joël Dor comenta, el sujeto en su propia construcción se desarrolla en el campo del otro. Esto significa que en el proceso de maduración personal entramos, independientemente de nuestra voluntad, en un espacio interactivo en que el deseo y el reconocimiento y el discurso del otro resultan definitivos para nuestra propia construcción.

Como Dor resalta en su obra de *Introducción a la Lectura de Jacques Lacan*, en el proceso de formación de la subjetividad infantil, interviene de manera decisiva el hecho relacional –podemos decir de la propia estructura social y familiar– según el cual la propia significación de las manifestaciones de cada uno de los sujetos, infantes, depende radicalmente del campo de significados del otro (la madre o su equivalente funcional). Este discurso del otro, al que se refiere continuamente la manifestación de los deseos de quien aún no sabe lo que quiere, es el que va a dar sentido y estructura a los primeros brotes de la subjetividad. Al revisar el proceso de interacción peculiar en la experiencia psicoanalítica, Jacques Lacan destaca el valor de los componentes imaginarios y simbólicos en la formación del yo: la formación de la identidad tiene desde la infancia la característica de hacernos entrar en una escena en la que los personajes reciben, cada cual, una caracterización no sólo de tipo funcional –según su rol, o según sus marcas de género, edad, etc...– sino según la percepción simbólica y afectiva que los infantes tienen de ellos. Así los procesos de construcción del yo se realizan en un contexto que se parece más bien a la *commedia dell'arte* en el que cada uno de nosotros no representa simplemente un yo abstracto y formal, sino lo que creo que se puede llamar un yo coloreado o un yo cargado. Los personajes de los cuentos infantiles que Bettelheim subrayó como definitivos en la formación del yo del niño, tienen la virtud de representarnos de manera vincular desde nuestro comienzo.

Así, estos guiones –que el análisis transaccional ha sabido trabajar y desarrollar y que nos ayudan a entender nuestras situaciones de todos los días– son los primeros bastidores de la construcción y presentación de un yo que se ensaya en un contexto que puede ser caracterizado de todo menos de solipsista. En ese sentido, la construcción y la formación del yo tienen que ver con la actuación de distintos códigos culturales que, por seguir con el

símil de la *commedia dell'arte*, reparten papeles marcados y connotados respecto de los cuales nos identificamos.

Al decir identidad del yo y del sujeto estamos hablando desde un punto de vista clasificatorio. Desde la fenomenología de la vida cotidiana, como vemos, hemos de hablar de procesos activos de identificación y también de desidentificación. El planteamiento pionero de Freud sobre la identificación en la formación del yo nos enseña otras potencialidades. Formas en la que el yo se va haciendo cargo no sólo de las sensaciones propioceptivas, de sus procesos endógenos, sino del reflejo y del espejo que los demás constituyen respecto de él. Identificación supone que el yo se construye en un bastidor que está compuesto por la imágenes y expectativas de los adultos y luego de todos lo demás.

A esto hay que añadir que los procesos de identificación no son simplemente copias de modelos formalizados, como modelos exitosos, dotados de las características de brillantez y de excelencia tal como la sociedad de consumo estable, sino que siguen teniendo los componentes paradójicos que Freud destacó. Concluiré con ellos para ver algunas de sus aplicaciones en nuestro contexto.

El primero de ellos es que los procedimientos de identificación so solamente incorporan los aspectos queridos de las figuras de autoridad, sino que incorporan también –quizá para conjurarlos o para mantenerlos en una distancia no peligrosa, paradójicamente dentro de uno mismo– los elementos de tipo negativo. Es lo que en términos coloquiales lleva a mostrar como alguien detecta en su propia identidad, en su propio yo, rasgos no precisamente los más positivos o queridos de las figuras paterna o materna sino precisamente ¡los más odiosos!. En la vida cotidiana contemporánea esto tiene enorme importancia, precisamente porque muchos de los elementos estéticos –de la estética que llamaríamos agresiva o incluso autodestructiva, de las subculturas del consumo– cumplen la función de autorrepresentación, de presentación del yo en lo que tiene de más genuino y más identificable, son enormemente paradójicos. Se incorporan en ellos figuras destructivas, personajes peligrosos, se asumen más o menos irónicamente símbolos totalitarios, o se adoptan físicamente las formas autoagresivas del *piercing* o del troquelado corporal.

El segundo elemento importante de los procesos de identificación es, pues, que estos procesos no sólo adoptan elementos negativos. Se puede destacar, en todos estos fenómenos –a veces resistentes al discurso en la vida y en la investigación– cómo la identificación y la desidentificación no siguen pautas premeditadas, sino que remiten a procesos inconscientes. Yo, superyo y ello, si retomamos el hallazgo de Freud, forman un continuo en el que los componentes endógenos se ven modulados por el principio de realidad, que es el gran adversario de la propia subjetividad, ante la que el yo aparece como negociador o controlador que establece la apropiación posible de lo que en principio aparece como extraño. En los procesos de identificación en los que el yo parece que se encuentra más consistente,

más acorde consigo mismo, tienen que ver no tanto con los componentes funcionales, operativos de los modelos que se imitan sino que tienen que ver fundamentalmente con las expectativas inconscientes, con las fantasías y proyecciones que las figuras de autoridad han puesto en circulación.

Los personajes que están en proceso de construcción. Es lo que Umberto Eco planteaba en un fragmento casi perdido de su barroca novela *El péndulo de Foucault*, cuando venía a decir que nos identificamos sobre todo con aquello que nuestros padres nos han transmitido cuando no querían transmitírnos ni inculcarnos nada. Esta mimesis por contagio de las propias proyecciones y expectativas es muy importante para entender los procesos de construcción del yo en la sociedad actual. En el sentido siguiente: en los procesos de socialización no sólo gravitan de forma masiva las expectativas de tipo meritocrático –lo propio de la transmisión familiar y las expectativas en los años 70, en la que los adultos inculcan a los niños que su identidad consiste en hacerse cargo de las expectativas que aquellos no lograron y que forman parte de su fantasía– En este momento, no es sólo la vigencia modélica del logro en el orden laboral o del enriquecimiento. Por muy presentes e importantes que estos sean, parece que hay algo más que afecta a la construcción del yo. Parece que, de una manera más sutil, los modelos inconscientes de yo remiten a aquellas formas que hacen referencia a los proyectos no realizados, aquellos elementos del principio del placer de las figuras de autoridad que han ido plegándose o sucumbiendo a las exigencias del principio de realidad. De ahí que la promesa de satisfacción ilimitada de los relatos del consumo cae en un suelo interactivo en el que los yoes inconscientemente pretenden no tener límites, no enfrentarse con su propia finitud, con sus propios recursos. Por eso el universo del consumo, hecho social total al decir de Marcel Mauss, no permite que el yo se de a sí mismo como tarea, sino que tiende a denegar la finitud del yo para sustituirlo por los simulacros de la plenitud extática. La vuelta de lo reprimido tiene rostros y nombres generacionales, lo inconsciente tampoco es solipsista sino interactivo.

Una muestra la constituye el modo en que las utopías libertarias, o de liberación sexual, o de autocuidado como estilo ético y estético en general son recogidas por las subculturas más jóvenes con más vivacidad que si su transmisión hubiera sido explícita. Pero este itinerario, que me limito a apuntar, ha de explorarse con mayor cuidado y tiempo del aquí disponible.

Septiembre 2000